

# La atracción del minotauro

**S**u voz me sonó lejana, un infimo sonido apenas audible huyendo por el auricular. No lo reconocí y cuando se identificó con palabras entrecortadas, tuve que realizar un viaje en el tiempo.

Luego de colgar el teléfono tras haber quedado para una próxima cita, me miré en el espejo y comprobé en aquel rostro ya maduro, que aún existía una asignatura pendiente de la adolescencia.

Yo acaba de cumplir los 16 años y presumía de una juventud rebelde; vestía provocativamente, era agresiva, en particular con los hombres, y en clase me mostraba como una alumna discolá. Alejandro se convirtió en nuestro profesor de matemáticas tras haber rodado por diversos institutos y enfrentarse a encorsetadas juntas.

Nunca me habían gustado las matemáticas, pero con su llegada, logaritmos y ecuaciones parecieron adquirir un tono musical embriagador. Me encantó su aspecto desde la primera vez que lo vi: sus cabellos despeinados, las gafas deslizándose por una nariz afilada, la caspa regando sus hombros y una mirada con descaro cuyas pupilas no disimulaban el deseo paseando por los pupilos de sus alumnas.

**f**rente a las críticas y habladurías que recibía, me convertí en una ferviente defensora suya, lo que sirvió para aumentar mi propia exclusión. Situados ambos en el campo de la inadaptación que nos forja como rebeldes, se estableció entre nosotros una amistad que iba más allá de los muros docentes.

– Después de montar barricadas, lanzar cócteles molotovs y bailar con pelotas de goma y botes de humo, lo mejor era echar un buen polvo, era el culmen del éxtasis – me decía él con una mirada encendida, pretendiendo asustarme y hacer enrojecer mis adolescentes mejillas. Pero yo le respondía humedeciendo los labios y mostrando un gesto provocativo que no podía ocultar el metal del aparato corrector de dientes. No tarde en acudir a su casa y aquel piso cuyas maderas aullaban a cada paso que dábamos, se convirtió en mi paraíso particular. Allí conocí que la esperanza habitaba en rojo y negro en las montañas de un lejano país, amargamente dulce como decía Cortazar. Allí habitaba el espíritu de ese Che que nos miraba desde una pared del salón, los irreverentes versos de Erik Fried y Dylan lanzando preguntas al viento. Ahí probé el sabor del ron, y me introduje a las alucinaciones de una maría que él proclamaba como la mejor.

**C**on la primavera invadiendo nuestros cuerpos y abriéndolos al deseo, nos aproximábamos a los exámenes finales, la relación lectiva se acababa mientras en el aire se percibía un paso más en nuestra relación. Concertamos una cita en nuestro refugio y los dos sabíamos que aquel era el momento decisivo. Quizás fue la oficialización de aquella cita la que nos sumergió en las dudas; lo supe tras estar dando vueltas alrededor del portal y cuando el me recibí con una voz temblorosa. Poco a poco la artificialidad fue diluyéndose, entre los vapores del alcohol y el humo de la hierba, aunque la confusión seguía existiendo y nos lo decía la voz rasgada de Dylan:

“Tengo una mezcla de confusiones que me esta matando)”

“Voy buscando una mujer que tenga en la cabeza la misma mezcla que yo”.

Y él me confesaba con una voz débil, casi infantil, como de niño asustado, que creía era yo lo que tanto había buscado.

“Tengo la cabeza llena de preguntas. Mi temperatura sube vertiginosamente.”

Alejandro, embriagado y más confuso que nunca, me explicaba lo que yo despertaba en él:

– Me produces la atracción del minotauro. En mi cabeza se instala un animal bestial, incapaz de racionalizar, es un instinto que solo



Pedro Antonio Curto



**Volver a ese mundo, a la cueva del Minotauro, me producía un abismo de sensaciones, de la eterna e inacabable búsqueda. Aunque podamos confundirnos porque buscamos con la miopía del adolescente y la ansiedad del niño.**

ansia tomarte. Pero mi cuerpo sigue siendo el de un hombre que quiere acariciarte y compartir unos gramos de ternura.

El instinto fue haciéndose dueño del lugar, de aquella particular cueva del minotauro, de nuestras mentes dominadas por la necesidad de volar pilotando la magia de unos cuerpos desnudos, de una piel abierta al deseo.

“No te desnudes todavía, espera un poco más. No tengas prisa, el tiempo es algo que queda detrás”. Nos cantaba Aute con voz cansina, pero para nosotros aquella era una eternidad hurtada al tiempo y Alejandro hizo descender de mi cuerpo la blusa, sus manos avanzaron con ansia por mis senos aún nacientes

... Pero el miedo es un fantasma que se esconde en nuestro interior y despierta cuando se cruza una frontera que creemos peligrosa. Y ese miedo me lanzó a huir por las calles nocturnas. “Voy buscando algunas respuestas. Pero no encuentro nadie que pueda responderlas”.

No volvimos a hablar, nuestras miradas se evitaban y cuando el curso se terminaba, en el último examen me llegó una nota: “Perdona si te molesté, fue, ya sabes, culpa de la atracción del Minotauro”.

**a**lejandro seguía viviendo en su viejo piso, pero el tiempo fue un vendaval para aquel lugar y para él mismo. Un vendaval que lo transformó en un cuerpo esquelético, una voz tambaleante, un rostro demacrado, los cabellos convertidos en un escaso musgo amarillento. Se movía con dificultad, cada paso que daba parecía ir a precipitarse al suelo y cuando le abracé, sentí el crujido de sus huesos. Él se quedó mirándome, sin saber que decir ni como actuar, aunque pude captar en sus pupilas moribundas, lo que quería decirme.

– La cosas en cuestión de salud y monetarias, no me van muy bien – me dijo con timidez para justificar su aspecto físico, la inexistencia de la mayoría de los muebles, el silencio impuesto por la ausencia del equipo de música... Aún guardaba, amontonadas en cajas, los libros y aquel retrato del Ché que amarilleaba colgado en una pared ennegrecida. Lo contemplé sentado en el único sillón que le quedaba y arrancó una sonrisa a su rostro huesudo.

– Ya ves, ha sido la atracción del minotauro quien me ha traicionado. Y es que una cabeza de toro sabe mucho de deseo pero nada de virus – sonreí, porque me había vuelto a encontrar con el bohemio profesor. Aquel que se situaba entre la confusión y las preguntas del niño, la rebelión del adolescente y el temor del hombre; aquella mezcla era mi Alejandro, mi profesor. A lo largo de los años que distanciaba el tiempo de nuestro desencuentro, mis caminos habían transitado por más miserias que grandezas, habiendo conocido a quienes utilizan deseo y poder, seducción y sentimiento... Por lo que volver a ese mundo, a la cueva del Minotauro, me producía un abismo de sensaciones, de la eterna e inacabable búsqueda. Aunque podamos confundirnos porque buscamos con la miopía del adolescente y la ansiedad del niño.

Ambos la habíamos tenido y aún nos quedaba, como derrotados, una causa posible por realizar.

– Me sigues produciendo, la atracción del Minotauro – dijo con una voz débil, con la que continuaba acariciando cada palabra. Le quité la camisa y recorrí con los labios aquellos huesos que se marcaban en su piel, mientras se sentía invadido por el temblor. Comencé a desnudarme y el me interrumpió.

– Deja que lo haga yo, es nuestra segunda eternidad y a mi corazón ya no le quedan muchos latidos.

Y estalló el deseo, como fruto en flor, él, que se consumía en una madrugada que recibía entre placer y dolor.

<http://pedroantoniocurto.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- Los viajes de Eros
- El tango de la ciudad herida
- Un grito en la agonía
- Crónicas del asfalto